CAPÍTULO X. *Que Gerónimo de Aguilar refiere todo lo que le sucedió en el tiempo que estuvo con los indios*

QUIEN CONSIDERA LO QUE DEJAMOS DICHO en el capítulo pasado acerca de la salida de esta armada de la isla de Cozumel y vuelta tan repentina, con la ocasión de la mucha agua que hacía la nao de Escalante, y oye decir que el indio infiel da licencia a Aguilar para que se venga entre cristianos y le pide que le haga amigo con ellos, que no diga que ésta es mano de Dios hecha sobre Cortés y que esta jornada era muy de su santísima voluntad y gusto. Pues parece que el detenerse un poco de más tiempo donde se había estado despacio, disponiendo y reforzando los navíos para pasar adelante, no fue más de hacerle Dios para que Gerónimo de Aguilar llegase y pudiese irse juntamente con Cortés en sus navíos; y darle licencia el indio siendo ya su esclavo y de buen servicio, sin más recompensa que enviarlo libre, no parece ser hecho acaso sino muy de propósito, para que demás de que este hombre saliese de entre idólatras y llegase entre cristianos a recibir el consuelo de la confesión y comunión y comunicación de fieles, fuese también su venida para más facilitar la disposición de la jornada siendo intérprete entre cristianos e infieles, para que los unos se entendiesen con los otros y los que no conocían a Dios, tuviesen noticia de él por medio de este hombre que los entendía. Y así fue Dios servido de traerlo entre sus cristianos para la prosecución de esta jornada; y para que Dios sea alabado (como siempre debe serlo) diremos aquí lo que contaba haberle acaecido entre los indios en este cautiverio.

Decía que cuando vino a poder de este cacique, los primeros tres años le hizo servir con grande trabajo, porque le hacía traer a cuestas la leña, agua y pescado, que era del gasto de su casa, lo cual hacía Aguilar con alegría por asegurar la vida, y que estaba tan sujeto que hacía de buena gana todo lo que cualquiera indio le mandaba, tanto que aunque estuviese comiendo si le mandaban algo dejaba de comer por obedecer, y con esta humildad ganó el corazón de su señor y de todos los de su casa; y porque el cacique era sabio y deseaba ocuparle en cosas mayores viendo que vivía tan castamente que aun los ojos no alzaba para mirar a las mujeres, procuró tentarle muchas veces y en especial le envió de noche a pescar a la mar, dándole por compañera una india muy hermosa, de edad de catorce u quince años, la cual había sido industriada del cacique para que provocase a Aguilar; diole hamaca en que ambos durmiesen llegados a la costa, esperando tiempo para entrar a pescar (que había de ser antes que amaneciese); colgando la hamaca de dos árboles la india se echó en ella y llamó a Aguilar para que durmiesen juntos; él fue tan templado que haciendo cerca del agua lumbre durmió sobre la arena. La india unas veces le llamaba, otras le decía que no era hombre, porque quería más estar al frío que abrigado allí con ella y que aunque estuvo vacilando muchas veces, al cabo se determinó de vencerse y cumplir lo que a Dios tenía prometido que era de no llegar

a mujer infiel, porque le librase del cautiverio en que estaba. Caso grave y digno de gran consideración y donde fue necesaria la gracia de Dios, para haber de dejar de pecar por su santo amor sólo; porque como dice el Espíritu Santo por boca del *Eclesiastés*,[1] es el corazón de la mujer una ancha y extendida red y un lazo de los cazadores, donde caen gentes de todo género, así chicos como grandes. Pero Aguilar, que (como después confesaba) había prometido a Dios lo contrario de lo que la mujer le persuadía, atendió más a su voto que a los ruegos y persuasiones de la india desvergonzada, advirtiendo (como dice el Espíritu Santo)[2] que el que así es engañado y vencido de una mujer es como el buey u novillo que es llevado a la carnicería para ser muerto u como el pájaro que viendo el grano del trigo puesto en el lazo se abalanza a él con la codicia de comerle, no advirtiendo que le cogen la garganta en el hilo y que con él le ahogan. Y haciendo esta consideración cristiana, Aguilar quiso ser antes motejado de cobarde, en la opinión de esta mozuela, que de atrevido en el divino acatamiento de Dios, diciendo el sabio: el que ama a Dios huye de la mujer;[3] pero el pecador fácilmente es engañado de ella.

Hecha la pesca a que habían ido por la mañana se volvió a su señor (sin saber la astucia y cautela con que le habían dado aquella indizuela por compañera), el cual, delante de otros señores principales, preguntó a la india si Aguilar había llegado a ella y como refirió lo que pasaba, el cacique de ahí adelante tuvo en mucho a Aguilar, confiándole su mujer y casa. De donde fácilmente se entenderá cómo sola la virtud, aun acerca de las gentes bárbaras, ennoblece a los hombres. Hízose Aguilar de ahí adelante amar y temer porque las cosas que de él se confiaron trató siempre con cordura. Antes que viniese en tanta mudanza de fortuna, decía que estando los indios embijados con sus arcos y flechas un día de fiesta, tirando a un perrillo que tenían colgado muy alto, se le llegó un indio principal que estaba mirándole detrás de un cercado de cañas y asiéndole del brazo le dijo: Aguilar, ¿qué te parece de estos flecheros cuan ciertos son, que el que tira al ojo da en el ojo y el que tira a la boca da en la boca? ¿Si poniéndote a ti allí si te errarían? Aguilar respondiendo con mucha humildad dijo: señor, yo soy tu esclavo y podrás hacer de mí lo que quisieres; pero tú eres tan bueno que no querrás perder un esclavo como yo que tan bien te servirá en lo que mandares. El indio después dijo a Aguilar que de propósito le había enviado el cacique para saber (como ellos dicen) si su corazón era humilde.

Decía también, que estando muy en gracia de su señor venció cierta batalla en una guerra muy reñida que con otro señor comarcano había tenido y ninguno había salido vencedor; y durando la enemistad entre ellos (que suele ser hasta beberse la sangre), tornando a ponerse en guerra, Aguilar le dijo: señor, yo sé que en esta guerra tienes razón y sabes de mí que en todo lo que se ha ofrecido te he servido con todo cui-

[1] Eccles. 7.
[2] Prov. 7, 22.
[3] Eccles. 7.

dado. Suplícote que me mandes dar las armas que para esta guerra son necesarias, que yo quiero emplear mi vida en tu servicio y espero en mi Dios de salir con la victoria. El cacique se holgó mucho y le mandó dar rodela y macana, arco y flechas, con las cuales se entró en la batalla, y que aunque no estaba ejercitado en aquella manera de armas, delante de su señor hizo muchos campos y los venció dichosamente. Y así los enemigos le tenían grande miedo y perdieron mucho de su ánimo. En otra batalla, que después se dio, en la cual él fue la principal parte para que su amo venciese y sujetase a sus enemigos, creciendo entre los indios comarcanos la envidia de los hechos de Aguilar, un cacique poderoso envió a decir a su señor que le sacrificase luego, que estaban los dioses enojados de él, porque había vencido con ayuda de hombre extraño de su religión. El cacique respondió que no era bien dar tan mal pago a quien tan bien le había servido y que debía de ser bueno el Dios de Aguilar, pues que también le ayudaba en defensa de la razón. Esta respuesta indignó tanto a aquel señor, que vino con mucha gente determinado, con traición, de matar a Aguilar y después hacer esclavo a su señor; y ayudado de otros señores comarcanos vino con grande número de gente, creyendo que la victoria no se le podía ir de las manos. Sabido por el señor de Aguilar, estuvo muy temeroso de el suceso. Tuvo su consejo con los más principacipales, llamó a Aguilar para que diese su parecer; no faltaron algunos que desconfiando de Aguilar dijeron que era mejor matarle que venir a manos de enemigo tan poderoso. El señor reprehendió a los que esto aconsejaban y Aguilar con grande ánimo dijo: que no temiesen, que esperaba en su Dios, pues tenía justicia que saldría con victoria; y para esto, que él se quería emboscar con algunos en la yerba y que en comenzándose la batalla huyesen y revolviesen después y él daría en las espaldas. Agradó mucho este consejo al cacique y a los demás, y salieron al enemigo; ya que estaban a vista, Aguilar en alta voz, que de todos pudo ser oído, habló de esta manera: señores, los enemigos están cerca, acordaos de lo concertado que hoy os va el ser esclavos u ser señores de toda la tierra. Acabado de decir esto se embistieron con grande alarido, y estando Aguilar emboscado el ejército comenzó a huir y el de los enemigos a seguirle. Aguilar, cuando vio que era tiempo, acometió y luego se conoció la victoria de su parte, porque los que iban delante fingiendo que huían, revolvieron y matando muchos desbarataron el campo enemigo; prendieron muchos principales que después sacrificaron. Con esta victoria aseguró su tierra y estado el señor de Aguilar, de tal manera que de ahí adelante no había hombre que osase acometerle. Éstas y otras cosas que Aguilar hizo le pusieron en mucha gracia con su señor. Después de esto pasaron por aquella costa los navíos de Francisco Hernández de Córdova y los de Grijalva, y como los indios tuvieron algún trato con ellos estimaron en mucho a Aguilar, porque parecía a los otros aunque siempre miraban mucho por él porque no se fuese. Era Aguilar estudiante cuando pasó a las Indias y hombre discreto, y por esto se puede creer cualquiera cosa de él.